

Mal genio

Alberto Porras

No acostumbro a entrar si no hay clientes, ella se lo dijo a su compañera de trabajo mientras frotaba aquel chisme con forma de tetera, ese cachivache dorado de latón o de hojalata o lo que fuese, no sabría decir de qué material estaba hecho pero necesitaba un buen repaso, eso sí lo sabía porque tenía por lo menos tres dedos de polvo, ella lo había visto mientras su compañera escurría la fregona lamentándose en voz alta, las ocho de la mañana y mira todo lo que nos queda por limpiar, esta casa está llena de trastos, tantos objetos aquí y allá, será que el señor es coleccionista o algo así porque cada habitación parece un anticuario, ¿tú sabes de dónde saca tantos zarríos?, ya podemos darnos prisa porque veo que se nos hace de noche y seguimos aquí liadas, y mientras pasaba el plumero por un jarrón de una porcelana finísima comenzó a hablarle de la nueva droguería, esa que habían abierto en el barrio, esa con tantos productos en el escaparate, abrillantadores, lejías, friegasuelos, ¿no has entrado?, yo no pude dejarlo pasar, una trabaja en lo que trabaja y se interesa por los productos de limpieza, ya sabes, cómo resistirse a una nueva droguería, por eso me extraña tanto que tú, ¿de verdad que no has entrado?, pues no, la vi el otro día y pasé por delante pero no entré, no vi un triste cliente y si una tienda está vacía es como que no me llama, como que el cuerpo no me lo pide, tengo la sensación de que los empleados van a estar pendientes de si compro o no compro, por eso no voy a tiendas vacías, y así se lo dijo a su compañera, mientras pasaba el trapo a aquel chisme de latón, o de hojalata, o lo que demonios fuera, así se lo dijo, no acostumbro a entrar si no hay clientes.

Entonces sólo fue el fogonazo y ese sonido de algo que se destapa, como si una botella gigante hubiera sido descorchada. Ella tuvo que soltar esa cosa en forma de tetera y hacerse a un lado porque enseguida fue él, envuelto en un humo azulado que salía por la abertura, él emergiendo desde un soplido que parecía llegar de otro mundo para concretarlo en un ser corpóreo ante las dos. Esa figura que ahora se desperezaba y las sonreía tras abandonar aquella cárcel de metal que ella había frotado. Tú no acostumbras a entrar y yo no acostumbro a salir si no hay clientes, pero parece que ahora tengo dos, así que aquí estoy. Vuestro deseo será mi orden, y la reverencia ante cuatro enormes ojos que lo observaban sin pestañear. Ellas no necesitaron hablar para decidirse, bastó con cruzar una mirada.

Blasfemaba. Había perdido la cuenta de las horas que llevaba limpiando y él blasfemaba con su mal genio, porque mientras limpiaba pensaba en ese momento que no llegaba, el momento de terminar. Por eso siempre buscaba, a cada golpe de plumero buscaba con la mirada en cada estantería por si acaso distinguía otro cachivache de latón o de hojalata o lo que demonios fuera, algo que se dejara frotar y le concediera el deseo de escapar de allí y volver a su cárcel de metal de una puta vez.